

DESAFÍOS DEL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL Y
DE LA FEDERACIÓN DE ESTUDIANTES DE LA
UNIVERSIDAD DE CHILE EN DEMOCRACIA

Camila Requena González (Consejo de Presidencias FECh)

CAMILA REQUENA GONZÁLEZ

Estudiante de quinto año de Derecho de la Universidad de Chile, de militancia independiente de izquierda y feminista. Fundadora de Manitos a la Calle, organización social que busca compartir con personas en situación de calle; a lo largo de su paso por la educación superior ha colaborado con diversas organizaciones sociales, dentro y fuera del ámbito universitario. En 2021 fue electa presidenta del Centro de Estudiantes de Derecho por el periodo 2021-2022 por la lista «Reunamos», plataforma independiente de izquierda, cuyo objetivo es plantear una alternativa a las organizaciones tradicionales y hacer política de una forma más cercana. Como parte de las responsabilidades de su cargo, integró el Consejo de Presidencias de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (FECh).

DESAFÍOS DEL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL Y DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE EN DEMOCRACIA

Durante muchos años, la Universidad de Chile se ha caracterizado por su rol público, aspecto que se materializa en un férreo e indudable involucramiento en la contingencia y en el fuerte compromiso social de sus estudiantes. Hablar de este rol implica referirnos a una herramienta no solo de incidencia, sino también de un compromiso con la socialización del conocimiento. La educación superior representa la formación de los profesionales del futuro; pero lo cierto es que el conocimiento generado en la academia debería estar en manos y a disposición de las mayorías. Entender a la Universidad de Chile defendiendo su rol público, es luchar para que la educación superior sea un instrumento de transformación social, una forma de disminuir las brechas en nuestro país. La Universidad debe abrirse a la sociedad, acercarse a la ciudadanía, sin discriminaciones. Finalmente, la educación y la socialización de aquella son también revolución.

Nuestra casa de estudios ha sabido posicionarse como un espacio donde todas las verdades se tocan, siendo el pluralismo uno de sus pilares fundamentales, pues entendemos que en una comunidad en constante cambio no existen verdades absolutas, por lo que el respeto y el diálogo se vuelven fundamentales. Para construir necesitamos escucharnos.

Como la casa de estudios más antigua del país, la Universidad de Chile ha sido testigo de gran parte de nuestra historia. Así, frente a la fuerza transformadora y los sucesos —muchas veces inimaginados— por los que Chile ha atravesado durante el último tiempo, es que los desafíos del presente no son menores. Como estudiantes, académicos, funcionarios y funcionarias, debemos saber estar a la altura de la contingencia mediante el respeto y la defensa irrestricta de los derechos humanos, y a través del rol social y la vinculación con nuestro entorno. Para lograr estos objetivos, existen varios desafíos que no podemos perder de vista. En primer lugar, el vital resurgimiento y articulación del movimiento estudiantil. Y, en segundo lugar, es preciso hacernos cargo de las tareas pendientes al interior de nuestra casa de estudios. En este sentido, la democracia interna y el ejercicio de una verdadera triestamentalidad son cuestiones para tener en cuenta si queremos cambiar nuestra historia.

UN CONTEXTO DE TRANSFORMACIONES

Nuestra Universidad debe estar a la altura de la fuerza transformadora que sacude a nuestro país. En los últimos años, fuimos remecidos por una pandemia cuyas secuelas y rastros siguen presentes en nuestro día a día. Antes de eso, vivimos el denominado «estallido social», momento en que las demandas de un pueblo cansado de las consecuencias del sistema impuesto por la dictadura agitaron las calles.

El cuestionamiento a los pilares del modelo construido en nuestro país, así como la visibilización de años y años de desigualdades y condiciones de vida indignas, han marcado un antes y un después en la historia de Chile. Sin ir más lejos, y pese a no tener dirigencias ni liderazgos claros ni determinados, el movimiento y el accionar colectivos coincidieron en la necesidad de cambiar las bases que nos regían, y, con ello, surgió la demanda por una nueva Constitución.

Sin embargo, ante las movilizaciones, la respuesta del Estado fue la violencia desmedida. Carabineros, de forma descontrolada, vulneró los derechos humanos de cientos de personas. Fue tal el nivel de violencia ejercida que, al día de hoy, no solo se puede mencionar a víctimas de trauma ocular producto del actuar policial, sino también a quienes perdieron la vida. Se dispusieron militares en las calles, ya que el presidente de la época señaló sin tapujos que «estábamos en guerra».

En este contexto, de acuerdo con información entregada por la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) y por Amnistía Internacional, entre 2019 y 2020, se registraron 460 víctimas de trauma ocular, 246 víctimas de violencia sexual, 134 investigaciones por tortura. Además, en concordancia con el informe actualizado del INDH al año 2021, se contabilizan 3,021 víctimas de lesiones físicas, 3 personas en riesgo vital, 1 en estado vegetal y 7 muertes ocasionadas por agentes del Estado. Sin duda, no solo los pilares de este modelo fueron cuestionados; como respuesta, bajo la dirección de Sebastián Piñera, los principales valores democráticos también se volvieron frágiles.

Luego del «estallido» vino la pandemia en 2020. Y casi un año más tarde, tras meses de cuarentena y distanciamiento social, nos volvimos a encontrar, con el desafío de volver a construir aquel tejido y cercanía que la distancia había opacado. En ese contexto, se conformó la Convención Constitucional —cuyos representantes fueron electos por la ciudadanía— con el objetivo de redactar una nueva Carta Fundamental. La propuesta que emanó tras un año de trabajo fue sometida a un plebiscito mediante el voto obligatorio, luego de campañas por las opciones de Apruebo y el Rechazo. La respuesta fue que la gente no la quería.

Más allá de lo difícil que ha sido esta derrota y sus consecuencias, así como la reflexión necesaria tras el resultado, es innegable que estamos ante un Chile que se encuentra en pleno movimiento, con una historia a flor de piel, y marcada, también, por la violencia y el dolor.





Fuente: Revista *Palabra Pública*, «Galería de fotos: El estallido», 20 de diciembre de 2019. Disponible en: <https://palabrapublica.uchile.cl/2019/12/20/galeria-de-fotos-el-estallido/>

EL ROL DE LA UNIVERSIDAD

La Universidad de Chile no solo debe promover, sino también resguardar, con todas sus herramientas, la democracia, la justicia y el respeto a los DDHH. Dichos horizontes no han de perderse jamás, pues son hojas de ruta para el trabajo diario.

La historia de la lucha por la democracia que se vive en el país durante la dictadura cívico-militar se ve reflejada en la Universidad de Chile durante los años setenta y alcanza su proceso de maduración hacia finales de la década de los ochenta, siendo la toma contra la designación de Federici como rector de la Casa de Bello su expresión sintetizadora.

Instaurado el régimen de Pinochet, las violaciones a los derechos humanos se expresaron en la comunidad universitaria de manera triestamental, con cientos de víctimas de torturas, asesinatos y desapariciones forzosas (Anales de la Universidad de Chile, 2013). Como parte de la estrategia de desarticulación política de los grupos opositores, que ejecutó la dictadura desde sus inicios, dentro de la Universidad se eliminaron los Centros de Estudiantes y la Federación de Estudiantes (FECh) como organizaciones, teniendo el claro objetivo de impedir cualquier intento de organización democrática que permitiera levantar banderas opositoras al régimen. En cuanto a la estructura directiva de la Universidad, las autoridades de la rectoría y de los decanatos fueron asignadas, en un principio, a mandos militares, cuya labor durante los primeros años fue casi con exclusividad la «depuración» de la Universidad. Esto significaba que se debía impedir la deliberación política en su interior, limitando el derecho a la libertad de expresión para mantener una estabilidad institucional que permitiera, a las autoridades militares, instaurar su ideario político en las instituciones de educación superior.

De esta manera, durante los primeros años, la expresión de resistencia y de búsqueda de espacios de organización estudiantil ocurrió por medio de actos culturales, peñas folclóricas y formas artísticas que denotaban manifestaciones políticas de manera implícita, amparadas, muchas veces, en lenguajes subliminales. Todo eso, en medio de una censura extrema, que limitaba cualquier referencia directa acerca a las violaciones a los derechos humanos que se cometían en el país o a la falta de una institucionalidad democrática cuyo centro fuera el respeto de la autonomía despojada por las autoridades militares.

Durante los años ochenta, la oposición a las estructuras organizacionales impuestas por la dictadura comenzó a profundizarse, y el estamento estudiantil se rearticuló en Centros de Estudiantes electos de manera democrática. Hasta ese momento, los representantes estudiantiles eran designados por las autoridades directivas de la Universidad, sobre la base de criterios «de excelencia académica»,

aspecto que escondía un profundo sentido ideológico. Esto queda de manifiesto al ver las militancias políticas actuales de aquellos dirigentes estudiantiles escogidos por el régimen durante esos años: prácticamente todos, al día de hoy, militan en partidos pertenecientes a la derecha política (Lobos, 2014).

A pesar de aquello, el estamento estudiantil logró refundar la FECh, que durante esos años fue fundamental en la articulación del descontento popular, al organizar, junto a otras entidades, diversas jornadas de protesta contra la dictadura. Ese legado de lucha debe estar presente en el sentido de pertenencia que, como estudiantes, debemos tener con nuestros espacios de articulación. No solo por su importancia práctica hoy en día, sino por la significancia histórica que radica en años de lucha adversa; momentos en que se ponía en riesgo la vida por el objetivo de tener una universidad pluralista y democrática, donde la voz de la comunidad tuviera un espacio para desenvolverse, y no se acallara de manera violenta y represiva a ningún integrante de nuestra institución.

Tras la irrupción violenta al gobierno en 1973, hoy —y luego de años— podemos acordar que nos encontramos en democracia. No obstante, es importante mantener la memoria viva, ya que esta puede ser frágil. A partir del 18 de octubre de 2019 vimos los cimientos de este régimen de gobierno tambalear. La violación a los DDHH y la impunidad se instauró en el país durante meses. En ese contexto, la Universidad supo estar a disposición del pueblo. Se levantó la Defensoría Jurídica en la Facultad de Derecho y hubo integrantes de la comunidad universitaria que no cesaron en la lucha por resguardar los derechos de la gente.

El fortalecimiento y la reconstrucción de estos pilares son, sin duda, un desafío importante que no podemos sino priorizar e impulsar. No es fácil construir desde las confianzas rotas que otros tiempos oscuros de nuestra historia republicana pudieron haber legado, que se reflejan hoy en el manto de impunidad que subyace en la dirección estatal que ha tenido el tratamiento de las violaciones a derechos humanos ocurridas durante el «estallido social». La política se ha vuelto lejana y muchas instituciones permanecen hoy impunes, por lo que resguardar, de forma efectiva, los valores democráticos, es uno de los principales horizontes que tendremos tras el dolor causado desde hace ya tres años.

UN MOVIMIENTO ESTUDIANTIL PROTAGONISTA

Los estudiantes nos entendemos —y debemos hacerlo siempre— como actores sociales capaces —y con el deber— de incidir en la contingencia. Hacernos

parte no solo de la realidad a nivel país, sino también utilizar las herramientas de las que disponemos y aquellas que nos brinda la universidad y la academia, al servicio de lo que el país y de lo que el momento histórico demande; es decir, al servicio de otros, más allá de nuestros muros y de la propia realidad de nuestros espacios. De esto, es prueba la historia.

El movimiento estudiantil, sin duda, ha jugado un rol fundamental en los grandes procesos sociales. Cómo olvidar el histórico 2006, marcado por la llamada «Revolución Pingüina», aquel alzamiento masivo de estudiantes secundarios que salieron a manifestarse contra las consecuencias de la privatización del sistema educacional chileno, impuesta por la dictadura militar. Las calles se llenaron de secundarios demandando el fin del lucro y el fortalecimiento de la educación pública; poblaron las calles luchando por el derecho a la educación. Sin embargo, no fue del todo transversal, ya que se ha apuntado la distancia que tomaron de este movimiento quienes se encontraban en situaciones más acomodadas —principalmente aquellos pertenecientes instituciones privadas o particulares— al no ver su realidad representada en las calles.

Resulta imposible no recordar, también, aquellas movilizaciones estudiantiles del 2011, encabezadas por compañeros universitarios y secundarios. Esta movilización, sin duda, remeció el sistema educacional, social y político chileno, y la consigna «educación gratuita y de calidad», impregnó las calles de nuestro país. Las demandas exigidas por el movimiento no se hicieron esperar, centrándose en: una reforma al sistema de acceso a las universidades, que asegurase la igualdad de oportunidades; el aumento de los fondos de libre disposición a universidades estatales; la democratización del sistema educación superior; la necesidad de una reforma constitucional donde el derecho a la educación prevaleciera sobre la libertad de enseñanza; y la garantía de una educación igualitaria, laica, gratuita y de calidad en todos los establecimientos del país.

No obstante, a juicio personal, el año 2011 también nos recuerda aquello en lo que hoy fallamos. Ese año, el movimiento logró unir dos sectores estudiantiles distintos, a dos «tipos» de estudiantes: secundarios y universitarios. Las consignas cuestionaban fuertemente los pilares del sistema que nos rige hoy: una educación de mercado y las desigualdades que esta genera a lo largo de los años. Pero el movimiento estudiantil no se centró únicamente en el cuestionamiento al modelo impuesto en dictadura y sus consecuencias, también buscaba mejorar las condiciones para quienes la cancha fue rayada de forma tan estrecha, a quienes la desigualdad azotó de manera más profunda. Y, lo más importante, las movilizaciones del 2011 no solo se llenaron con el sentir propio; como estudiantes, fuimos capaces de empatizar con el otro, de sentirnos

compañeros. Se le conociera o no a ese otro; lo cierto es que los estudiantes no estábamos solos.

Este hito histórico lejos está de ser algo del pasado. Muchas de las demandas levantadas por los estudiantes de entonces siguen latentes hoy: la educación de mercado sigue existiendo; la libertad enseñanza, por sobre una educación de calidad y gratuita, permanece inamovible; el endeudamiento por estudiar no ha cambiado; las diferencias entre los establecimientos municipales y particulares siguen siendo evidentes. Dichas demandas se reflejaron, en gran medida, en lo que buscaba hacer la propuesta constitucional de 2022, que se posicionaba como un avance respecto a la lucha histórica alzada por los estudiantes. El momento constitucional fue una puerta, un camino para acercarnos a aquella sociedad más justa e igualitaria que anhelamos.

Otro rasgo del movimiento del 2011 es que estuvo marcado no solo por la consolidación de aquellas demandas históricas del movimiento estudiantil, sino también, por la presencia de liderazgos claros y novedosos, que supieron dar conducción a la protesta estudiantil y encauzar el descontento social, muchos de ellos provenientes de nuestra casa de estudios. El movimiento y la articulación fueron claves para visibilizar problemas referidos a la equidad en la educación, tanto la superior como la escolar, que no habían sido abordados de forma correcta por los gobiernos de turno; mucho menos, habían sido puestos en debates de carácter nacional, encabezados, justamente, por quiénes vivían las consecuencias del sistema: los estudiantes.

Hay que reconocer que el gobierno de Bachelet levantó algunas de las banderas del movimiento en su programa, impulsando, por ejemplo, reformas como el fin de la municipalización de las escuelas públicas. No obstante, también hay que ser claros: mientras exista la Constitución de 1980, impuesta al pueblo mientras los militares violaban derechos humanos en las calles, que fomenta un alto nivel de privatización —siendo la educación, en este contexto, una más de las ofertas del mercado, cuya consecuencia es la desigualdad que deviene de aquello— el panorama no será sencillo. Más aún, mientras los sectores conservadores de nuestro país no sean capaces de ver más allá de sus esferas, ni puedan empatizar con una realidad que vivimos la gran mayoría de quienes habitamos este país, será muy difícil que existan cambios sustanciales.

LA FECH Y UN PRESENTE COMPLEJO

La Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, fundada en 1906, ha jugado un rol clave no solo en las movilizaciones estudiantiles, sino también en

nuestra realidad sociopolítica. No solo porque es la organización estudiantil más antigua de América Latina, sino por el compromiso y vinculación de esta con la realidad de nuestro país. Un hito, en este sentido, fue el discurso pronunciado por Salvador Allende el día 5 de septiembre de 1970 desde los balcones de la casa FECh, posterior al conocimiento de los resultados que lo daban como presidente electo de la nación:

¡Qué extraordinariamente significativo es que pueda yo dirigirme al pueblo de Chile y al pueblo de Santiago desde la Federación de Estudiantes! Esto posee un valor y un significado muy amplio.

Nunca un candidato triunfante por la voluntad y el sacrificio del pueblo usó una tribuna que tuviera mayor trascendencia. Porque todos lo sabemos. La juventud de la patria fue vanguardia en esta gran batalla, que no fue la lucha de un hombre, sino la lucha de un pueblo; ella es la victoria de Chile. (Allende, 5 de septiembre de 1970, citado en Viola, 2000, p. 105)

Manifiesta queda entonces la importancia que tiene el movimiento estudiantil y la forma en que los estudiantes han sabido, muchas veces, ser pioneros y estar a la altura de lo que el país necesita. Hoy no puede ser distinto.

Actualmente, la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile atraviesa momentos complejos, relacionados con la participación estudiantil y la representatividad. Esta crisis comenzó el 2019, cuando las elecciones alcanzaron solo un 25,8 % de participación —cuando el estatuto señala un 40% como quórum mínimo—, lo que llevó a la conformación de una Mesa Interina para dirigir la institución. En la siguiente elección, la participación fue aún menor, alcanzando solo la votación de un 14% de los estudiantes, situación que, en virtud de lo señalado por los estatutos, implica convocar una nueva elección en un plazo de seis meses al no alcanzar un quórum mínimo de un 20%. Durante ese periodo, las presidencias de los Centros de Estudiantes o de las mismas facultades debieron organizar un Congreso Refundacional, para establecer los que serían los nuevos cimientos de la federación¹. Dicho Congreso finalmente no se llevó a cabo, por lo que, posteriormente, fueron los Centros de Estudiantes —a través del Consejo de Presidencias (CDP)— los que debieron trabajar en miras de lo que sería una revitalizada Federación. No obstante, los Centros de

1. Así es posible corroborar en la propia publicación subida en la cuenta oficial de la FECh el 19 de agosto de 2020, donde se refiere al artículo 120 bis del Estatuto oficial, actualizado el 1 de junio del mismo año.

Estudiantes muchas veces no lograron realizar un trabajo a tiempo completo dentro del CDP, pues las demandas propias de sus espacios locales, a quienes se debían, también requerían mucho tiempo y energía.

En este contexto, queda claro que uno de los principales desafíos que nos aqueja hoy dice relación con la poca participación estudiantil en la política. Quienes participamos en ella nos hemos sentado en algún momento a reflexionar buscando respuestas a las preguntas de ¿por qué se ha generado esta baja participación? y ¿cómo revertirla? Cuando se habla de quienes participamos o hemos participado en política no me refiero de forma exclusiva a quienes poseen cargos de representación estudiantil, sino también a la política que se hace en el día, con el vecino y la vecina, la que se hace en el barrio y en las escuelas, entre compañeros y entre organizaciones; la política que se hace en las calles, aquella donde el trabajo en terreno es, sin duda, un pilar claro y un sitio donde depositar esfuerzos y utopías; aquella que busca construir, con las herramientas que tengamos, en miras de un horizonte común.

Pues bien, para quienes vemos en los cargos de representación estudiantil, y en las mismas instituciones que los sostienen, una herramienta para incidir y aportar a aquello que creemos debe ser mejor, muchas veces nos hemos preguntado qué es lo que explica que hoy una de las luchas sea, simplemente, alcanzar los quórums.

A juicio personal, la desafección se genera a partir de los mismos resultados que ha ido dando la política. Esta última se volvió lejana, se ha desdibujado; en consecuencia, también lo ha hecho el sentido de pertenencia, el sentir propio que lo que sucedía en los espacios, así como la convicción de que las decisiones son en miras del bienestar de una comunidad, y que dichas decisiones también nos afectan, que son por nosotros, por quienes somos y por una preocupación genuina por otros. Los mismos órganos de representación estudiantil, con el tiempo, comenzaron a verse y volverse lejanos, perdiendo la confianza de parte del estudiantado al que se deben.

Respecto a aquello, un eje de construcción sumamente necesario será siempre la autocrítica. Por ello, un desafío gigante es no caer en un error recurrente: una política personalista, que olvida cuáles son aquellos genuinos motores que nos han hecho interesarnos por la misma política. Se ha perdido el horizonte de la construcción en conjunto; vale decir, para hacer los grandes cambios se requiere siempre el diálogo y la presencia de otros, más allá del movimiento que se lidera. Si hay horizontes comunes no podemos sino construir en colectivo. La política estudiantil terminó cayendo en espacios cerrados, alejándose de su sentido más puro y su fibra más sensible: transformar y aportar para que las cosas sean mejor de lo que son hoy.

Otra de las cuestiones que se ha traducido en un detonante del problema por el que atravesamos como movimiento estudiantil —especialmente, como Federación— dice relación con la falta de liderazgos claros que encaucen las demandas estudiantiles más allá de nuestros espacios locales. Hay que ser justos también, la pandemia, sin duda, fue una realidad y un escenario para el que no estábamos preparados, nadie lo estaba. De igual forma, en la articulación del movimiento estudiantil y su tejido es necesario el factor humano, y durante prácticamente dos años no tuvimos acceso a este.

Para salir del problema en que nos encontramos es necesario no solo reconocer su existencia, sino también cambiar las lógicas con las que se ha hecho política. Y esto debe ser con la mayor transparencia posible. Justamente, entender la política estudiantil como algo frío ha generado distancia. El desafío es volver a las raíces, entender que la política se trata de sentir, de la construcción en miras de otros y con convicciones genuinas. Se necesita hacer política de una forma más cercana, más humana, entendiéndonos capaces de todo el sentir en el proceso. La política es con llorar, es con emocionarse. Puede ser dura, pero es profundamente bella.

Es menester devolver el sentido a las discusiones y a la pertenencia en las mismas. La instalación de una nueva forma de hacer política, en la que para ser escuchados no sea necesario hablar más fuerte que nadie, ni pisotear a otros. En lo que respecta a la política estudiantil es este, precisamente, el mayor desafío que tenemos en la actualidad, ya que su contrarrelato en la realidad ha generado que gran parte de la comunidad mire con desdén la manera en que se relacionan los distintos actores políticos universitarios.

Hoy, sin duda, hay mucho por qué luchar, por lo que será necesario aunar esfuerzos. Reconstruir a la Federación, volver a articularla y levantarla es también volver a contar con una herramienta que nos permita movilizarnos y organizarnos como estudiantes, es un mecanismo que ayuda a encauzar nuestras demandas, para dar respuesta colectiva tanto a las problemáticas interna como nacionales.

Existe una pequeña luz de esperanza respecto a la articulación de la Federación, a través del Congreso FECh, donde compañeros y compañeras de las facultades de Agronomía, Artes, Ciencias, Derecho, Ciencias Sociales, Arquitectura y Urbanismo, Comunicación e Imagen, Ciencias Físicas y Matemáticas, Economía y Negocios, Ciencias Forestales y de la Conservación de la Naturaleza, Filosofía y Humanidades, Gobierno, Odontología, Química y Farmacia y Medicina se encuentran hoy trabajando en la redacción de un nuevo estatuto federativo, que funde las bases para no solo levantar a la FECh, sino también para revivir su rol histórico y redireccionar, así, la ruta de nuestra organización estudiantil.

Actualmente, nuestros compañeros y compañeras se reúnen dos veces a la semana por alrededor de tres horas, para avanzar en este desafío. En este proceso —para enfrentar el sentimiento de lejanía, en general, que tiene el estudiantado con la Federación— los congresales han sesionado en distintas facultades. De esta manera, siendo estos espacios abiertos, los mismos estudiantes de base constituimos parte del trabajo que se está levantando.

Una vez que el trabajo de los congresales haya terminado, se vendrá un nuevo desafío: saber llegar a quienes, con justa razón, se han visto decepcionados y lejanos a esta forma de hacer política. Ser capaces de accionar de un modo diferente será crucial para culminar un proceso de reestructuración que, frente a todo lo que ha sucedido en el país, se hace muy necesario. De ahí, la importancia de que exista un espacio que encabece y articule las demandas estudiantiles.

LA DEMOCRACIA AL INTERIOR DE LA UNIVERSIDAD

Hemos hablado del rol del movimiento estudiantil y de los estudiantes en lo que ocurre en nuestro país. Pero si nos referimos a lo que sucede al interior de nuestra universidad, a la democracia interna, es imposible no hablar de la triestamentalidad.

Sabemos que en la Universidad de Chile conviven tres estamentos de forma permanente y constante: estudiantes, funcionarios y el plantel académico. A lo largo de la historia de la Universidad, estudiantes y funcionarios han sido relegados de las principales discusiones, permitiendo, en instancias relevantes como los Consejos de Facultades, el derecho a voto solo a quienes integran el estamento académico. ¿Por qué es problemático y, por ende, necesario de ser reformado en nuestra institución? Porque niega la relevancia e incidencia de dos realidades claves en el funcionamiento de la Universidad. Hoy se avanza hacia el derecho a voto a ambos estamentos. Así, ambos podrán ganar la voz y relevancia que merecen, y asegurar una dinámica de recambio de realidades y de evaluación conjunta. Con diálogo y trabajo colectivo. Esto, sin embargo, constituye un primer paso para avanzar hacia una verdadera triestamentalidad. Una más allá de la palabra.

Pese a este avance importante, existe otra problemática que no ha sido abordada institucionalmente. Cada cuatro años se elige quién dirigirá la universidad, pero en aquella elección ni estudiantes ni funcionarios tenemos capacidad de incidencia. Vale decir, dentro de nuestra Universidad conviven tres estamentos, vitales para el correcto funcionamiento de la misma, pero solo uno de ellos tiene el derecho y la capacidad de incidir en la elección del rector o

rectora. La crítica y el diagnóstico no dejan de ser preocupantes. Si realmente queremos ser y representar una universidad democrática y pluralista, es menester que todos los estamentos tengan el derecho a incidir sobre qué directrices se van a implementar y quién las dirigirá. Rearticular la política universitaria requiere el apoyo de las diversas realidades que integran nuestro espacio. Que los estudiantes y trabajadores sean realmente incidentes y escuchados en las principales discusiones y directrices de nuestra Universidad sigue siendo un desafío.

Si bien quedamos fuera de este proceso eleccionario, no es menor señalar que la Universidad ha vivido un hito histórico en el último año. Por primera vez en nuestra institución, la administración es encabezada por una mujer. Rosa Devés se convirtió en 2022, en la primera mujer rectora en la universidad de Chile.

En este sentido, cabe mencionar que la lucha por la representación y participación de las mujeres en la política ha sido ardua. No es fácil ser mujer en política, tanto por la hostilidad que existe en este ámbito como también por el machismo que permea nuestra sociedad. La violencia machista muchas veces no se hace esperar.

Incansables mujeres han luchado y continúan luchando por el espacio en la academia que tanto les corresponde; es así como el triunfo electoral de la rectora Devés marca, simbólicamente, una conducción de la Universidad que gire hacia representaciones más paritarias. Especialmente, porque no es suficiente alcanzar paridad en los concursos de ingreso de personal académico, sino que además cobra relevancia que los cargos directivos de las distintas instituciones que componen a la Universidad de Chile, también tengan como objetivo el acceso de las mujeres a tales instancias de poder.

La Universidad de Chile, siendo la universidad más importante de nuestro país en lo que a su rol público y su compromiso con una permanente visión de Estado se refiere, no puede sino apuntar y propender al fortalecimiento de liderazgos femeninos en espacios históricamente masculinizados. La Casa de Bello no puede sino estar a la altura de lo que el pueblo ha manifestado en las calles, y en ese sentido, la incorporación y visibilización de mujeres en la academia, en las bibliografías y en la discusión, es un paso importante hacia el país que queremos.

Para concluir solo se puede decir que los desafíos que nuestra Universidad tiene por delante no son menores. Estamos frente a un país que ha sido golpeado, tanto por la violencia estatal e impunidad, como por una fuerte pandemia. En ese contexto, el rol estudiantil resulta vital. No es menor lo que se nos viene por delante tanto externa, como internamente. Si queremos incidir en el país —y más aún, si la Universidad de Chile ha sido defensora de la democracia— debemos hacernos cargo de lograr una real democracia dentro de nuestros muros.

REFERENCIAS

- Amnistía Internacional (2020). *Ojos sobre Chile. Violencia policial y responsabilidad de mando durante el estallido social*. Disponible en: <https://www.amnesty.org/es/wp-content/uploads/sites/4/2021/05/AMR2231332020SPANISH.pdf>
- Allende, S. (1970). El pueblo entrará conmigo a La Moneda. En Viola, L. (2000) (selección y notas), *Los discursos del poder*. Grupo Editorial Norma
- Anales de la Universidad de Chile* (2013). Edición Extraordinaria con motivo de los cuarenta años del Golpe de Estado de 1973. Universidad de Chile.
- Comisión Interamericana de Derechos Humanos (2022). *Situación de Derechos Humanos en Chile*. OEA. Disponible en: https://www.oas.org/es/cidh/informes/pdfs/2022_chile.pdf
- Instituto Nacional de Derechos Humanos (2021). *Balance INDH: a un año y 7 meses de la crisis social*. Disponible en: https://www.indh.cl/bb/wp-content/uploads/2021/05/PrensaBalanceINDH_MAYO.pdf
- Lobos, M. (2014). La influencia de las organizaciones políticas universitarias en la formación de élites políticas en Chile: el caso de las federaciones de estudiantes de la Universidad de Chile y Universidad Católica 1984-2005. *Política*, 52(2), 157-183.